

La melancolía de la anatomía

Las ballenas picudas desafían nuestra comprensión desde el misterio y el encanto. Se encuentran entre los cetáceos más sutiles y hacen frente a nuestro escrutinio con un cierto desdén. Estos animales enigmáticos de inmersión profunda forman parte de una familia de ballenas, los zífidos, algunos de cuyos miembros no han sido vistos nunca con vida. No es de extrañar, ya que aparecen al final del alfabeto y se pasan el noventa por ciento del tiempo buscando comida a grandes profundidades, hasta a tres kilómetros por debajo de la superficie.

Con sus dos docenas de especies —aunque se siguen identificando nuevas variantes, la última en una fecha tan reciente como el año 2020—, las ballenas picudas son mamíferos de aspecto antediluviano con una dentición extraña. Poseen un único par de dientes que emergen de la punta de su mandíbula inferior y que actúan como característica sexual antes que como herramienta con la que alimentarse. En efecto, en algunas especies esos dientes llegan a desarrollarse completamente por encima de la boca de su dueño, formando una especie de auto-bozal que no le impide alimentarse porque las ballenas picudas absorben a sus presas, calamares en su mayoría. Tienen marcas singulares y variadas, entre las que se cuentan manchas y largos arañazos filiformes probablemente debidos al encuentro con un calamar o con los dientes de otro ejemplar de los suyos. Sin embargo, en general esas cicatrices les otorgan una apariencia interplanetaria, como de asteroide o estrella oscura, un visitante caído a la Tierra.

Ver a estas especies en el mar constituye una experiencia profundamente extraña y de algún modo perturbadora. Es como encontrarse



Ballenas picudas de Sowerby, Pico, las Azores, 2016; fotografía: Jeroen Hoekendijk.



Fragmento de cráneo de un cetáceo, Ziphiidae - Gray, 1850. MMCCAN-CE011043. Museo Marítimo del Cantábrico.

Fragmento anterior del cráneo (splagnocranium), compuesto por los premaxilares, los maxilares superiores, los vomerianos, los nasales, el frontal y parte de la fosa pterigoidea. Sobre su superficie hay restos de epibiontes, como briozoos, poríferos, anélidos y braquiópodos. Estructura craneal en proceso de mineralización, con un bajo contenido de carbonatos y un alto contenido de fosfatos. Este proceso añade forma y un peso significativo a la estructura. Arrastre del mar Cantábrico (océano Atlántico Este, océano Atlántico). Los restos del sedimento encontrado indican que estaba en un lecho con un fino fondo fangoso rico en fosfatos.

a un dinosaurio. Cuando ascienden, como submarinistas que regresan del espacio interior, su singularidad se instala en ti. Cuando se deslizan por la superficie, a la vista, rompiendo de manera furtiva lo que Herman Melville denominó la piel del océano —la membrana que separa nuestro mundo del suyo—, estos mamíferos anuncian su presencia desconcertante con una serie de señales diagnósticas: un destello de su lomo, gris y brillante; esos dientes como colmillos que tan raros son de ver y sus picos, igual de heráldicos, que les prestan un aire de aves poco comunes. Tenemos que unirlos dentro de la cabeza como si fueran un puzzle cetáceo, a estas criaturas supralapsarias con una parte no menor de unicornio marino o grifo, animales complejos compuestos por partes de otros, agrupadas en un único mito zífido.

Este espécimen, que no podemos identificar a partir de su cráneo relicario, fue rastreado y extraído del mar Cantábrico en 1982. Apareció en una red de pesca como un extraterrestre submarino, un incidente de Roswell, con huesos de alien mineralizado, preservado y reservado; cristalizado como una fruta extraña para deleite de un dios marino. Con el paso del tiempo, la mayor parte de su cráneo, denso y enroscado —más geográfico que animal—, ha quedado bañada no en el aceite alimenticio que le infundió la vida, sino en un valor geológico que

le otorga un poder inquietante. Curiosamente, su carácter fosilizado parece adecuado para reanimar el cráneo como si fuera una pila, o incluso para prender la chispa que lo convierta en una llama robusta como una piedra preciosa. Es como si, al haberle crecido cristales, también pudieran crecerle huesos nuevos que lo conviertan una vez más en el animal completo que fue en su momento.

Al transformar su ser interno en un objeto artístico, siguiendo la declaración del ecofilósofo contemporáneo Timothy Morton según la cual el arte siempre procede del futuro, esta reliquia cetácea se ha convertido en un viajero del tiempo. Llevada por un remolino del espacio exterior o al desplomarse sobre el lecho oceánico, la transformación metafísica del espécimen es similar a la que conjura Ariel en *La tempestad* de Shakespeare, donde los ojos de un duque que se ha ahogado se vuelven perlas y sus huesos, corales. Sin embargo, también presenta ecos del proceso científico de la caída de ballena, en el que un cetáceo muerto cae mecándose con lentitud hasta el fondo del mar y se convierte en la semilla de su propio nuevo ecosistema. Allí mantiene especies dedicadas tan solo a la tarea de alimentarse de sus restos. Así, la grandeza de la ballena se reinventa cuando esos mismos organismos ingresan en la cadena alimenticia y conducen, a su vez, a la creación de nuevas ballenas.

Los movimientos de las ballenas picudas son tan sigilosos que incluso ahora mismo sus ejemplares vivos siguen siendo grandes desconocidos. Hay especies que no han sido vistas nunca con vida, y a las que solo podemos evaluar a partir de especímenes fallecidos y varados, o de sus huesos. Durante el invierno de 1927, una solitaria ballena picuda de Gray, especie por lo general restringida al hemisferio sur, apareció varada en una playa nevada cerca de La Haya, en los Países Bajos. En la fotografía que se tomó para registrar aquella visita tan insólita, un orgulloso caballero con sombrero Homburg posa una mano posesiva sobre el flanco del animal, como si fuera el cazador que reclama su presa o el anatomista que reclama su cadáver, o quizá el médico que tiende la mano para consolar al paciente de su dolor. Quizá no sea una coincidencia que, cerca de allí, en el museo de esa ciudad holandesa, esté colgado el famoso cuadro de Rembrandt *La lección de anatomía del doctor Nicolaes Tulp*. Ni que el propio Tulp fuera la primera persona en describir con exactitud a un primo de la ballena picuda: el narval, el verdadero unicornio de los mares.



Rembrandt van Rijn, *La lección de anatomía del doctor Nicolaes Tulp*, 1632; Mauritshuis, La Haya.

Aquel turista cetáceo de La Haya, desconcertado y despojado de su condición salvaje, fue observado con curiosidad humana, una mirada que con demasiada frecuencia resulta letal. El común de las ballenas parece devolvernos esa mirada con idéntica sensación de sorpresa y resignación melancólica ante el destino que les espera en nuestras manos. Y así sucede también con el remanente exquisito que vemos aquí, exhibido en esta galería, reducido ahora a la forma de piedra resplandeciente y resonante, investido con toda la rareza y el patetismo de su tribu perdida: un ídolo de la antigüedad al que adorar o un recordatorio de nuestro propio y breve ascendiente sobre este planeta, un atisbo de lo que quedará de nosotros.

Philip Hoare, Southampton, marzo de 2022



Ballena picuda de Gray, varada, La Haya, 10 de diciembre de 1927; fotógrafo desconocido, www.walvisstrandingen.nl/stranding/spitssnuitdolfijn-van-gray.